XIII

INCLINADO sobre el lecho donde yacía la señora de Guessaint, el doctor Grandier la examinaba con atención; y detrás de él Nelly parecía esperar, pero sabía ya que su amiga no estaba en peligro.

—Chist! ahora duerme—dijo el doctor en voz baja.

Y después de ordenar á la camarera que permaneciese junto al lecho silenciosamente, hizo seña á la señora Percier para que le siguiese á la habitación inmediata. Cuando estuvieron solos, Nelly comenzó á sollozar.

—Llore usted, llore usted—dijo tranquilamente el señor Grandier;—eso le servirá de alivio.

—¿No quiere usted darme ningún detalle?

—Todos cuantos usted quiera.

—¡Al fin!

Y Nelly enjugó las lágrimas que brillaban en sus ojos.

—Siéntese usted aquí, amiga mía, y hablemos—dijo el señor Grandier.—¿Cuál es la verdad? La señora de Guessaint se ha dado una puñalada. Suponga usted un momento que en vez de entrar en busca de su amiga diez minutos después del accidente, la camarera se hubiera anticipado; esa muchacha habría atronado la casa con sus gritos, y mañana, tres ó cuatro gacetilleros bien informados habrían publicado una noticia muy intencionada. Lejos de esto, una favorable casualidad ha querido que entrase usted antes á ver á la señora de Guessaint; creyéndola muerta, arranca usted el cuchillo de la herida, y envía á buscarme al punto. He aquí el drama reconstituído en todos sus detalles. ¿No es verdad?

—Pero ¿y la vida de Faustina?

—Ya le he dicho que dentro de tres semanas estará en pie.

—¿Tres semanas?

—Ni más ni menos; ha querido matarse y ha errado el golpe; esto es todo. Con frecuencia sucede así.

—Usted me exaspera; discute las cosas más terribles con la calma de un anatómico.

El doctor Grandier sonreía dulcemente; cogió la mano de Nelly con la exquisita galantería de los ancianos en quienes el corazón se conserva joven, y la dijo:

—Hija mía, ya sabe usted cuánto amo á Faustina, que hace algún tiempo estaba enferma de espíritu. Usted y yo somos sus mejores amigos; sabemos á qué atenernos, y ninguno de los dos se atrevería á tocar ciertas cuestiones. La señora de Guessaint ha sufrido una violenta conmoción, y se ha producido el desenlace, por fortuna bastante feliz, puesto que no corre peligro alguno, y nadie sospecha la gravedad del acontecimiento en esta casa. Todo el mundo cree que se trata de un accidente, y si yo me callaba delante de la camarera, es porque no se debe pronunciar la palabra *suicidio*.

—¡Faustina suicidarse!

—Sí, hija mía, sí; usted no comprende nada de esto. Una mujer de la alta sociedad, elegante, y distinguida, clavándose un cuchillo en el seno, como una heroína de drama en el quinto acto... Amiguita mía, estos son hechos que se producen diariamente; la joven modista y la gran dama van derechas á la misma conclusión. El suicidio es un acto desesperado que la razón concibe y la locura ejecuta; he aquí todo.

—¡La razón, doctor!

—Ciertamente, en un padecimiento extremado, natural es tomar una resolución violenta.

—¿Pero cómo vive aún? Usted ha examinado la hoja del cuchillo, que es aguda y cortante; ha reconocido que el golpe fué dirigido con mucho vigor contra el

seno izquierdo, y no solamente el arma no ha tocado el corazón, sino que, según usted dice, Faustina estará curada de aquí á tres semanas.

—Es muy sencillo. La hoja se hundió en el espesor del seno, pero el mango la detuvo; de modo que la punta del arma, después de tocar la sexta costilla se desvió. Al arrancar usted el cuchillo de la herida, observó que la hemorragia no era considerable, debiéndose esto á la circunstancia de no haber sido cortada ninguna arteria. Cuando yo llegué, la respiración se restablecía ya, y me fué fácil reconocer que la herida no interesaba los pulmones. He practicado la primera cura, por demás elemental, y todo ha quedado corriente. Después propiné á Faustina una poción de cloral para que durmiese, y ya verá usted cómo mañana está más tranquila.

—No importa; quiero pasar la noche á su lado.

—Es de todo punto inútil; que le pongan á usted la cama en el gabinete, si se empeña en ello, pero no vele usted. Adiós, hija mía; lo único que le recomiendo, ante todo (el señor Grandier recalcó en estas dos palabras) es mucha tranquilidad para su amiga.

La convalecencia de la señora de Guessaint siguió un curso muy regular. ¿Porqué había querido matarse? La señora Percier podía sospecharlo; pero no le convenía solicitar una confidencia, puesto que no se la decía nada sobre el asunto. Ante todo deseaba que su amiga ignorase la muy grave enfermedad que amenazaba la existencia de Santiago Rosny. Cuatro días después del conato de suicidio de Faustina, la joven había leído en un diario que el escultor estaba atacado de una fiebre cerebral; y decíase en una gacetilla muy circunstanciada, que el autor del *Vercingetorix* moriría probablemente. Bastábale á Nelly relacionar la desesperación de Faustina con la enfermedad de Santiago para adivinar que entre aquellos dos seres había ocurrido un drama; pero ignoraba cuál pudiera ser. Por mucho que estudió y observó á su amiga, ni una sola palabra le dió á conocer la verdad. La señora de Guessaint, siempre altiva, pero triste y resignada, hablaba de todo menos de su desesperación. Sólo decía: «Cuando esté curada haré tal ó cual cosa; cuando ya no tenga fiebre, me levantaré». Y no pronunciaba nunca la palabra «herida,» como si se avergonzase de aquel acceso de locura.

Cierta noche, como no pudiese dormir, repasó uno por uno en su espíritu todos los acontecimientos ocurridos hacía seis meses; en aquella noble mujer comenzó á efectuarse un trabajo psicológico muy curioso. Parecíale que, habiendo estado muy enferma, sólo comenzaba á curarse; estudiábase y no se comprendía, y cuando miraba en sí misma creía descubrir otra mujer desconocida para ella. Faustina pensaba en Santiago como en una persona que está muy lejos, á quien no se ha visto hace largo tiempo, y cuyo recuerdo es á la vez cruel y delicioso. A la vacilante luz de la lamparilla evocaba el rostro del artista, su frente ancha é inteligente, y sus ojos de color azul oscuro, que revelaban la llama del genio. ¡Cuánto le había amado, con

ese amor verdadero, hijo de la reflexión y de la ternura, y no de un vulgar delirio de los sentidos! Se había entregado á él violando sus sentimientos de mujer altiva y pura; y ahora parecíale un extraño. ¡Era, pues, el amor una sobreexcitación nerviosa del cerebro, que sólo dejaba tras sí dolor y amargura! Y sin embargo, ella le había adorado, y nada quedaba ya de aquel delirio pasajero, nada más que una delicada ternura, mezclada con el desencanto y el pesar, porque Faustina era una mujer honrada, nacida para los amores permitidos que tienen derecho para mostrarse á la luz del sol, y ahora le inspiraban una instintiva repulsión las ternezas prohibidas. La señora de Guessaint se analizaba perfectamente; había querido matarse, no porque perdiera el amor de Santiago, sino porque se juzgaba envilecida, sin que nada pudiese lavar la mancha de su perdida castidad. Aquel suicidio melodramático no era otra cosa sino la última convulsión de su amor; y parecíale que su pasión de otro tiempo se escapaba lentamente de su corazón como la sangre que corría gota á gota de su herida.

. . . . . .

. . . . . .

Santiago Rosny no supo jamás aquella tentativa de suicidio. Después de la escena violenta que terminó despidiéndose de la señora de Guessaint con la desesperación en el alma, volvió á su casa como un loco. Francisca se inquietó al ver su exaltación, y al día siguiente declaróse una fiebre cerebral. La valerosa viuda estaba dispuesta á luchar, como siempre, y no

quiso separarse ni un solo instante del lecho de su hijo, para disputar á la muerte su presa. La enfermedad siguió su curso natural, sin complicaciones: desde el principio, el joven fué presa de un delirio furioso; sentábase en su lecho, como para alejar una imagen que le acosaba, y retorciéndose las manos gritaba con frecuencia: «¡Ahí está... no quiero verla... ya no la amo!»; y después volvía á recaer en las divagaciones de su cerebro enfermo. Hacia fines de la segunda quincena prodújose una especie de calma; pero Santiago no disfrutaba siempre de razón; no la recobró del todo hasta que hubieron transcurrido diez y nueve días, y desde entonces la enfermedad no fué más que cuestión de tiempo. Poco á poco adquirió fuerzas, y entró en convalecencia de una manera muy natural, gracias al vigor de la juventud. Apenas pudo salir, el doctor Grandier le envió al campo, sin hacerle pregunta alguna, pues el ilustre médico sabía muy bien á qué atenerse respecto al estado de su alma. Con la tierna solicitud de los ancianos que no han llegado á ser egoístas por la edad, érale fácil pronunciar un diagnóstico muy exacto sobre Santiago y Faustina. Conocía la enfermedad de aquellos dos jóvenes tan exactamente como los grados de una fiebre tifóidea. En ambos, el amor había muerto de la misma manera y por causas idénticas; la señora de Guessaint y el escultor, conducidos á un drama violento, gastaron en la lucha todas sus fuerzas nerviosas, y al chocar contra un obstáculo invencible, habían quedado heridos y sangrientos. Entonces, así en el uno como en la otra, la reacción

comenzaba, ambos dejaban de amar, porque los dos habían agotado la suma de resistencia que poseían; habían sufrido demasiado; y la dicha de que disfrutaban en sus mutuas ternezas no estaba ya en proporción exacta con el dolor que les producían.

Aquellos dos seres que se habían adorado hasta querer morir, comenzaron poco á poco su existencia de otro tiempo con la misma serenidad, volviéndose á ver por primera vez en casa del señor Grandier. El sabio reunía algunos amigos á comer, y Santiago se encontró de pronto frente á Faustina. Ambos palidecieron mucho; pero después de una breve pausa, Santiago se dirigió á la señora de Guessaint y ofrecióle la mano.

La joven le miró, con su expresión dulce y altiva á la vez, y con sereno continente.

—¿Siempre amigos?—murmuró Faustina.

—¡Siempre!

Y hablaron de asuntos indiferentes.

El señor Grandier, sin perderlos de vista, sonreía con disimulo.

—Por fortuna—murmuró—la sexta costilla está bien colocada.

Y añadió, después de una pausa, en alta voz:

—Santiago, ¿qué hará usted para la próxima exposición?

—Una *Fedra*, doctor.

—¿Muriendo de amor? Esto no sería verdadero, amigo mío, pues sólo se muere de amor en las novelas...

Habría podido añadir que sólo en las novelas existen también los desenlaces, pues en la vida nada concluye, porque todo vuelve á comenzar.

AUGUSTA
AUGUSTA